

Historia de la ciudad de Santiago de Compostela

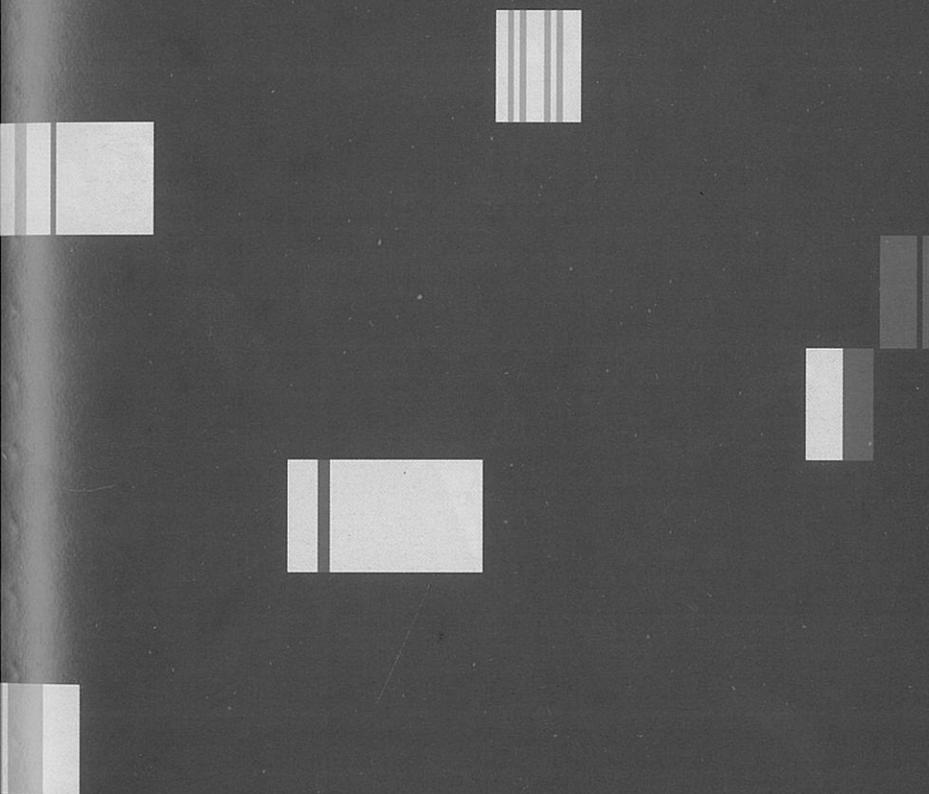
Coordinada por
Ermelindo Portela Silva

2003

CONCELLO DE SANTIAGO
CONSORCIO DE SANTIAGO
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

EN LOS ORÍGENES

Una visión desde la arqueología



/// CAPÍTULO II

DEL *LOCUS SANCTI IACOBI* AL BURGO DE COMPOSTELA

/// José Suárez Otero

En el apartado anterior nos acercábamos a los precedentes de la actual Compostela, ahora lo haremos al punto de partida de la ciudad que hoy conocemos. El arranque de la realidad que posteriormente se transformaría en la ciudad de Santiago dista mucho de estar suficientemente claro tanto en sus condiciones, como en su significado. Años de investigación han tenido que enfrentarse a la oscuridad de una documentación escrita escasa, la credibilidad de lo legendario y la complejidad de lo arqueológico. Pero, también a la aceptación de lecturas e interpretaciones dadas a lo largo de ese ya dilatado tiempo y que a fuerza de repetirse se han convertido en verdades inamovibles. Pesaron, en fin, más los supuestos universalmente aceptados, las reiteraciones vagas de una realidad apenas conocida que la investigación en profundidad propiamente dicha. Así, hacer hoy una presentación del problema de manera que sea comprensible y al tiempo suponga una aportación real a su solución, y no una síntesis de lo ya tantas veces dicho, supone un difícil reto.

Intentaremos en estas páginas acercar al lector a la comprensión de cómo y por qué surge en este rincón de la geografía europea una realidad y un fenómeno que tanta trascendencia tendrá en la historia del continente, apoyándonos sobre todo en lo que han aportado los trabajos de investigación recientes tanto historiográficos como arqueológicos; éstos últimos, los más novedosos, están aún en proceso de realización por lo que nos moveremos en la fragilidad de unos primeros pasos que, sin embargo, resultan cruciales para avanzar en el conocimiento de la cuestión que vamos a tratar.

Estado de la cuestión

No podemos empezar sin hacer una recapitulación de los pasos que nos han permitido llegar a la lectura que hoy podemos presentar de los orígenes de Compostela. Más de cien años de investigación por la que han

pasado distintos autores y que evidencian la existencia de diversas etapas en el proceso de construcción del conocimiento, pero que podemos sintetizar en tres obras y tres momentos diferenciados.

La primera será la monumental obra "Historia de la S.A.M.I. Catedral de Santiago" que el canónigo archivero D. Antonio López Ferreiro realizó en el paso del siglo XIX al XX y que en sus dos primeros tomos (1898 y 1899) ofrece la que podemos considerar primera visión científica del surgimiento de Compostela. Obra que evidencia modernidad, al unir historia y arqueología en un tratamiento global de la cuestión, rigor en la exhaustividad y detalle del aprovechamiento de las distintas fuentes. Pero, también, un marcado sesgo apologético, dada la condición eclesiástica del autor, y sobre todo una dependencia clara de la documentación escrita en la interpretación del problema. López Ferreiro nos presenta los orígenes de Compostela, como los de una ciudad episcopal fundada en torno a la tumba del apóstol. Insistimos en este aspecto por ser esencial al problema que tratamos, pero sobre todo por que va a influir decisivamente en todos los acercamientos posteriores a la formación del *Locus*.

La segunda etapa vendrá definida por las excavaciones realizadas en la basílica por M. Chamoso Lamas entre 1946 y 1959. Ahora es la aportación de la arqueología la que va a ayudar a avanzar en el conocimiento de los primeros pasos de Compostela, con descubrimientos claves, como los restos de las primeras basílicas o la constatación de la existencia real del obispo Teodomiro de Iria, y una visión directa a la realidad física de los tiempos prerrománicos. Un avance que va a tener su punto de referencia, no en la nunca realizada memoria de los trabajos arqueológicos, sino en la descripción y valoración de los mismos que hace D. José Guerra Campos en su obra "Exploraciones arqueológicas en torno al sepulcro del Apóstol Santiago" (1982). Como López Ferreiro, canónigo de la catedral, Guerra Campos, aunque más interesado por el problema de la tumba apostólica, ofrece una visión de la evolución del área ocupada por la actual Catedral desde época romana hasta la construcción del templo románico en la que se enmarcan todos los principales restos de los primeros edificios del enclave jacobeo. Así, lo que hasta ahora eran simples suposiciones o puro desconocimiento, ahora se manifiesta como realidad tangible y dispuesta a ser interpretada. El problema surge ahora del hecho, aparentemente paradójico, de que esos restos arqueológicos fueron exhumados en condiciones poco idóneas desde el punto vista arqueológico y están siendo interpretados por investigadores que no son arqueólogos, lo que deriva en la pérdida de informaciones valiosas sobre aspectos aparentemente intrascendentes, la utilización de los datos como meramente

complementarios a la información documental y, por lo tanto, interpretándolos no por ellos mismos, sino por lo que supuestamente de ellos dicen las fuentes escritas. Pero, sobre todo, la atención se centra en el problema de la tumba y su significado histórico a la vez que religioso.

El tercer paso, definidor de la etapa en la que nos encontramos, será la obra "La ciudad de Santiago en la Alta Edad Media" (1995) de F. López Alsina, que supuso una revisión profunda y con criterios historiográficos actuales de todas las fuentes escritas disponibles. La historiografía toma de nuevo el relevo a la arqueología, aunque sin desdeñar los aportes de ésta, y nos ofrece una lectura del "Locus Sancti Iacobi" más precisa y enmarcada en un contexto historiográfico exento de cualquier connotación ideológica, al tiempo que una reflexión sobre la incardinación del fenómeno jacobeo en su contexto histórico. Las consecuencias serán el regreso a la lectura de los orígenes de Santiago como ciudad episcopal semejante a la propuesta por López Ferreiro, ahora más perfilada y en la que cobran importancia las otras fuerzas sociales que participan con el obispo de Iria en el proceso de construcción del *Locus*, como la monarquía, la nobleza o los propios peregrinos.

La obra de López Alsina, punto de referencia para la investigación jacobea en la última década crea, sin embargo, una situación en la que las posibilidades de las fuentes escritas se manifiestan en buena medida agotadas y se plantea la necesidad de pasar el testigo otra vez al aporte arqueológico en una dialéctica entre historiografía y arqueología que ha sido el marco necesario de avance de nuestros conocimientos sobre los orígenes de Compostela.

La formación del *Locus Sancti Iacobi*

III El punto de partida: La tumba

La arqueología nos informa que al descubrir el sepulcro apostólico, Teodomiro se enfrentaba con una realidad mucho más compleja, pues aquel espeso bosque del que nos hablan las versiones conservadas de la *inventio* escondía mucho más que el edículo. Una necrópolis tardoantigua y un conjunto de ruinas de un asentamiento romano rodeaban al edículo: quizás el importante desescombro que tuvo que ser realizado para acceder al monumento exprese esa situación. Lo que sí parece lógico es que la presencia de una organización del espacio previa y la abundancia de material constructivo va a influir en el proceso de recuperación del enclave.

Es probable que en el primer episodio, que gira en torno al hallazgo por Teodomiro y supuso la construcción de la primera basílica por Alfonso II, esa influencia no haya dejado huellas significativas, como consecuencia de las escasas dimensiones de la intervención y la pobreza de los restos de la mencionada iglesia. Cuando el pasado sí necesariamente tiene que ser decisivo, es con la importante reorganización del espacio que implicaron la construcción de una nueva basílica de mayores dimensiones y, muy especialmente, el traslado a Compostela de la curia episcopal iriense. Si en el primer momento pudo existir una relativa adaptación al espacio existente sin grandes alteraciones, *ergo* sin gran incidencia en los restos antiguos, ahora la ocupación global del espacio en torno al edículo y su necesaria adaptación a las nuevas construcciones supondría el encasarse con unos restos que por su entidad lo condicionaban decisivamente. Surge así un necesario diálogo entre lo nuevo y lo viejo, que podría derivar en la eliminación del segundo o en la adaptación del primero.

/// La iglesia martirial

Los sucesivos templos dedicados al apóstol resultaron, sin duda, uno de los elementos más estudiados del antiguo *Locus Sancti Iacobi*, especialmente la basílica mandada construir por Alfonso III a finales del s. IX. La existencia de referencias, más o menos abundantes, en las fuentes escritas y su posterior contrastación y ampliación gracias a la arqueología permitió acercarse al conocimiento de estos edificios. Acercamiento que se vio favorecido por las especiales características del tema jacobeo, así como por el interés que una arquitectura de este tipo tenía para el arte medieval hispánico, por lo que no es de extrañar que fuese realizado principalmente desde la historia del arte o en su caso de la investigación jacobea más que desde la propia arqueología o la historia. Nuestra aportación aquí pretende ser, principalmente, una revisión de los restos arqueológicos, haciendo especial hincapié en los aspectos menos tenidos en cuenta hasta el momento.

De la primera iglesia construida para atender el culto a las reliquias del apóstol Santiago el Mayor apenas tenemos información. Sólo las noticias referentes al descubrimiento de la tumba y la atribución de las reliquias, así como alguna indicación en otros contextos, nos permiten conocer la existencia de este edificio. Estas noticias, que, sin embargo, no nos permiten saber la fecha exacta de la construcción (ca. 820- 830), apuntan a un templo de pequeñas dimensiones y construcción sencilla, en el que tan sólo parece destacar el dintel esculpido de su fachada principal. Otras

informaciones parecen señalar la existencia de un baptisterio situado al norte de la iglesia, sin que conozcamos su configuración e integración en el conjunto: por lo general, los distintos investigadores que trataron el tema tienden a interpretarlo como un edificio exento. La arqueología confirmó algunos de estos aspectos al poner al descubierto el umbral de la que sería la entrada principal a este templo. Se trata de la solera y arranques de los muros, todo en una fábrica sencilla, de la fachada occidental de un templo de pequeñas dimensiones y planta rectangular simple, que incluiría la existencia de un posible atrio y que en su cabecera albergaría la tumba del apóstol. También existen evidencias de que existió un acondicionamiento previo del espacio a ocupar, salvando el acusado desnivel del terreno mediante el aterrazamiento de lo que era una ladera de pendiente variable, pero en algunos puntos importante, lo que permitió la definición de un espacio en torno a la iglesia del que, posiblemente, quedan restos del muro de cierre.

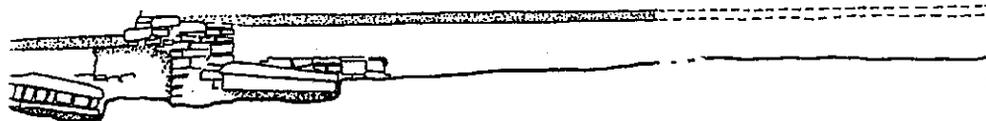
El rápido auge del culto al cuerpo apostólico y, por qué no, la necesidad de realizar un rito, como era la peregrinación, de amplia raigambre en el mundo cristiano y que se vio frustrada en buena medida por la expansión del mundo musulmán en el ámbito de los grandes centros de peregrinación tardo antiguos, así como el paulatino traslado de la sede episcopal de Iria a Compostela, cuya pequeña iglesia adquiere la condición de catedral, hechos ambos que se producen a lo largo del siglo IX, motivan que ya a finales de dicha centuria el rey Alfonso III consolide la vinculación de la tumba del apóstol a la monarquía asturiana, sustituyendo aquella pequeña iglesia que había mandado construir Alfonso II por otra de mayor envergadura y más cuidada factura. Hasta el punto que se convertirá en la mayor del reino y su decoración recibirá una especial atención, en la que a las pinturas, que hemos de suponer en la línea del arte de la época, se sumará un importante lote de mármoles y otras piedras decorativas de origen hispanorromano o hispanovisigótico. Grandeza y esplendor de la basílica compostelana que coincide con un decisivo paso en el traslado de la curia de Iria a Compostela y las primeras preocupaciones defensivas en un enclave que adquiere una mayor importancia y complejidad, todo ello bajo el episcopado de Sisnando de Liébana.

Esta nueva basílica se realiza sobre los escombros de la anterior, en un espacio completamente remozado que abarcará una superficie mayor de la ladera en la que se ubica la tumba apostólica. Los datos sobre su configuración provienen de nuevo de las fuentes documentales y los restos conservados en el subsuelo de la actual catedral. Con respecto a los primeros, destaca el "acta de consagración", un controvertido documento

que nos informa de la fecha de terminación de la obra y de alguna de sus características más destacadas. Los problemas surgen en la correcta interpretación de esas características y de la presencia cada vez más confirmada de la existencia de interpolaciones posteriores en las dos versiones largas que existen de este documento, lo que hace dudar de la veracidad o cuando menos exactitud de las mismas.

La aportación arqueológica permite establecer dos momentos diferenciados en el conocimiento de este edificio. El primero correspondería a la etapa anterior a las excavaciones realizadas en el interior de la actual basílica a mediados de este siglo, mientras que el segundo deriva de las posibilidades que surgen a raíz de los resultados de las mismas. En la primera etapa, se dependía casi exclusivamente de las fuentes escritas, especialmente la ya mencionada "acta de consagración", a las que se añadían las informaciones obtenidas por López Ferreiro en sus intervenciones arqueológicas puntuales –presbiterio y nave central– en la catedral. No es extraño que sea este autor el que nos ofrece la visión más completa, aunque hipotética, de la iglesia de Alfonso III. Serán, sin embargo, las excavaciones de D. Manuel Chamoso Lamas, las que nos ofrezcan una información más detallada y veraz sobre la configuración global y algunas de las características más relevantes del edificio alfonsí, pasando a convertirse en la fuente principal para todos los investigadores que se acercan a esta problemática.

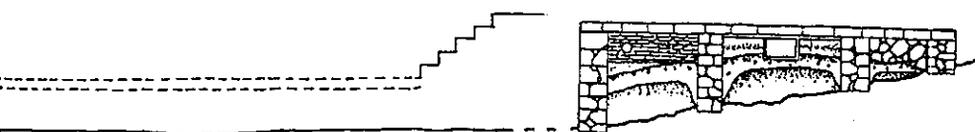
Como expresión de lo antedicho, hoy sabemos que la basílica que Alfonso III mandó construir y que se concluyó en el 899, consistía en un edificio de planta basilical realizado en una fábrica de mampostería sobre piedra de la zona, una variedad de esquisto, salvo en las esquinas y vanos en los que era sustituida por sillería de granito, a veces con piezas reaprovechadas de construcciones anteriores. Un esquema arquitectónico



/// FIGURA 1. Alzado de la basílica de Alfonso III (A. Rodríguez Paz, sobre planimetría de F. Pons Sorolla).

que se descomponía al interior en forma de tres naves y adquiría cierta complejidad por la definición de la cabecera en forma de ábside cuadrangular que envolvía al mausoleo apostólico, aprovechando, quizás, su recinto exterior; a los pies, presentaba un nártex o atrio porticado que acogería la fachada principal del templo. Se trata de un recinto cuadrangular equivalente en anchura a la nave mayor de la iglesia y configurado por una doble arcada lateral y un único arco, mayor que los anteriores, en el frente. La planta se completa, finalmente, con un habitáculo en el lado norte que correspondía al baptisterio, con el altar dedicado a S. Juan Bautista, y que posiblemente sustituía a un edificio con relación a la iglesia anterior, con idéntica función y una posición también semejante.

Si de la planta tenemos abundantes datos, más complejo resulta el alzado. Los muros de cierre que apenas se conservan en sus arranques presentan la alternancia de fábrica mencionada. Los vanos de acceso se distribuyen a lo largo de los muros laterales y el frente del templo, en forma de dos puertas menores en el lado norte, a ambos lados del "baptisterio", y otra en el sur, todas ellas con el umbral algo levantado con respecto del terreno por lo que necesitan de un peldaño para su utilización. A éstas se añade una abertura de mayores dimensiones en el lado occidental, que corresponde a la fachada principal, y a la que la disposición en declive del terreno obliga al acceso desde el exterior mediante dos peldaños monolíticos de granito. De los vanos menores nada sabemos de su ubicación, pero sí de su forma, pues conservamos restos de tres de ellos, que responden a un remate superior en forma de arco de herradura y, en un caso, con un marco que define un alfiz. Finalmente, el cierre superior del edificio debió articularse con un entramado de madera como sostén de un tejado a dos aguas, toda vez que no existen indicios de los contrafuertes que posibilitarían el abovedamiento de las naves.



2 m

Anxo R. Paz 4/98

Uno de los problemas más importantes en la definición de este alzado es la interpretación que el mismo hace del terreno con acusado declive sobre el que se asienta. Interpretación que incluye dos estrategias distintas pero complementarias. La primera es la disposición de las partes que definen el eje longitudinal en planos diferenciados. Así, el nártex que se levanta sobre el terreno circundante está más bajo que las naves, y éstas lo están también con respecto al presbiterio, estableciéndose una solución de continuidad que se solventará mediante un sistema de escalinatas. La segunda consistirá en realizar el suelo de la iglesia levemente inclinado. Así, la atenuación del impacto del declive se consigue con una renuncia a la horizontalidad y con la fragmentación de los espacios.

Las características concretas de cada una de las partes de esta iglesia, así como la visión de sus interiores, resultan más difusas a la luz de los datos, tanto documentales como arqueológicos. El nártex presentaba dos arcos a cada lado y otro mayor como acceso principal en el frente, sustentados por pilares exentos y semipilares adosados al muro de la iglesia de los que conservamos alguna basa cuadrangular con una sencilla línea horizontal como decoración, y que se apoyaban sobre una fuerte cimentación. El suelo era de hormigón de cal, arena y cuarzo. En cuanto a la decoración, tan sólo conocemos parte de la que definía y ornaba el acceso principal a la iglesia, en donde, además del reaprovechamiento del dintel esculpido de la iglesia de Alfonso II, constatamos la presencia de alguna de las columnas marmóreas de origen tardoantiguo que Alfonso III había traído de Al-Andalus, y a las que nos referiremos posteriormente con mayor detenimiento.

Las tres naves de la basílica estaban separadas por sendas arquerías, cuyo ritmo nos es desconocido y que podrían recibir buena parte del contingente de columnas marmóreas traídas por el rey. A esa arquitectura ornamental se añadía una decoración pictórica que revelan escasos fragmentos de estuco recogidos en las excavaciones arqueológicas y, quizás, alguna de las piedras ornamentales producto también de la razzia de Alfonso III. Un elemento que conocemos por referencias documentales y que parecía jugar un papel destacado en esta arquitectura es una tribuna abovedada que se elevaba sobre un importante conjunto de columnas y cuya posición resulta controvertida, pues algunos autores siguiendo fielmente la documentación la sitúan en el exterior de la iglesia, paralela al tramo del cierre norte que iría desde el baptisterio a la fachada, mientras que otros optan por ubicarla en el interior, hacia los pies del templo. Por último, el presbiterio se ubicaba sobre y en torno a la tumba del apóstol, lo que lo dispone sobreelevado con respecto a las naves y cabe pensar en

una solución semejante a la existente en la iglesia asturiana de Santa Cristina de Lena para resolver el tránsito entre ambos espacios.

Más difícil es precisar la configuración interna del presbiterio, al que se accedía a través de un gran arco triunfal sobre pilares que descansaban en basas cuadrangulares, según constató López Ferreiro en 1878. La solución de este problema depende de la configuración de la tumba y la posibilidad de intervención sobre la misma en el momento de construir este templo, pues aunque la idea transmitida por la documentación escrita apunta a un respeto estricto por el mausoleo original, no debemos olvidar que esta estructura fue hallada en un estado de abandono y, lógicamente, había sido en una mayor o menor medida alterada, y que su recuperación e inclusión en la nueva realidad cultural necesitaría de alguna intervención en las estructuras originales; por otra parte, el conservacionismo al que se refieren las fuentes escritas puede ser genérico y reflejar más un sentimiento que una realidad, máxime cuando estas noticias surgen ya en un momento alejado de aquellos otros en que tuvo lugar la construcción de las primeras basílicas. Un proceso de adaptación que no justifica necesariamente la construcción *ex novo* del monumento, como sugieren algunos autores; a esto que se opone la conservación de restos estructurales y ergológicos de la primitiva construcción romana, o el absoluto contraste entre la fábrica del mausoleo y aquellas que podemos ver en las construcciones altomedievales compostelanas.

Uno de los hechos más significativos de la segunda basílica compostelana es la mencionada ornamentación con restos de edificios antiguos, a los que en estos momentos podemos adscribir al enclave romano existente en el lugar de la actual Coria (Cáceres). Se trata de las columnas de las que hacen mención las versiones largas del "acta de consagración" y de las que conservamos apenas pequeños fragmentos hallados por M. Chamoso en las excavaciones del subsuelo de la basílica compostelana. Se trata de fragmentos pertenecientes a distintas partes -volutas, caulículo, cuerpo- de capiteles de tipo corintio, que se sitúan dentro de la tradición clásica, a pesar de cierta tosquedad en la factura que nos lleva a una cronología tardoantigua (ca. s. IV). Estas piezas estaban realizadas en mármol de buena calidad y evidencian el uso de trépano en la talla. Encontramos otros ejemplos prácticamente idénticos, y vinculados así mismo a reaprovechamiento de material antiguo, en edificios tan diversos como Sta. Comba de Bande (Ourense), S. Juan de Baños (Palencia) o la mezquita de Córdoba; es especialmente interesante el primer caso porque a esa marcada analogía muy marcada hay que sumar su proximidad y ser resultado también de una intervención de Alfonso III, lo cual podría

indicar que la columna o, al menos, el capitel de Santa Comba tuviese un mismo origen que los de Santiago. Con un idéntico grado de fragmentación que los capiteles, encontramos restos de fustes, en general apenas reconocibles, e incluso de una basa de tipo ático. Todos estos fragmentos parecen estar asociados por su lugar de hallazgo con las portadas del templo, concretamente con el atrio o la puerta occidental y las puertas de la fachada meridional, aunque debemos tomar esta relación con las debidas reservas ante la amplia remoción que se produjo después de la destrucción de esta iglesia y la incorporación del espacio en el templo románico.

Los restos de columnas no son los únicos ejemplos de decoración arquitectónica en mármol. Otros fragmentos nos hablan de la existencia de placas decorativas, entre los que destacan dos que han sido hallados recientemente en los escombros que colmataban el patio del claustro renacentista de la catedral y que, atendiendo a la posición estratigráfica, podemos determinar que fueron llevados allí hacia finales del siglo XVI y, por lo tanto, deben estar en relación con obras realizadas en ese momento en los espacios de las antiguas construcciones altomedievales en el interior o inmediaciones de la cabecera de la catedral. Se trataba de una placa, pues su grosor parece desaconsejar su interpretación como cancel, que presentaba una decoración vegetal, aunque con tendencia a la geometrización, a base de hojas de acanto separadas por filetes en torno a una roseta inscrita en un círculo, y hacia el borde un motivo de tipo venera o similar. Tanto la técnica, talla a bisel, como la materia prima, mármol, son de buena calidad, y ambos parecen situar a la pieza en el contexto de los talleres emeritenses de época hispanovisigótica (ca. s. VI). La existencia de este tipo piezas decorativas ya había sido constatada en las excavaciones de la basílica con algún otro fragmento, no necesariamente

vinculado a los anteriores, y entre los que destaca la presencia de un resto de una placa con inscripción, de la que apenas se conservan algunas letras, suficientes, sin embargo, para una adscripción a esa misma época.

Estas piezas forman parte de la especial preocupación de Alfonso III por revalorizar la iglesia



■■■ FIGURA II. Entrada lateral a la iglesia de Alfonso III (Foto M. Chamoso).

de Santiago, presente en la propia construcción del templo. Se trata de partes estructurales y/o decorativas de una rica arquitectura que evidencia una formación tardo antigua, al tiempo que una proyección en lo hispanovisigótico, existente en un importante núcleo poblacional ubicado en el área de influjo emeritense. No sería tampoco descartable que aquellos viejos edificios, a los que se refieren las versiones largas del "acta de consagración" (899), fuesen en realidad un edificio religioso y en su traslado existiesen connotaciones ideológicas más allá de lo cultural: recuperación y traslado simbólicos de una arquitectura anterior a la ocupación musulmana, de aquella Hispania de la que la monarquía asturiana se reivindica como legítima heredera. No debe extrañar que estas posibles connotaciones no aparezcan reflejadas en la documentación, puesto que éstas —las versiones largas del acta— fueron elaboradas mucho después y, si bien reflejan realidades arquitectónicas conservadas hasta inicios del siglo XII, resultan mucho más vagas en las circunstancias que rodearon a la elaboración de esa arquitectura. Una interpretación en la que también redundaría el carácter arcaizante y diferente de lo asturiano de la basílica compostelana, cuya arquitectura no tendría que fundamentarse exclusivamente en los problemas generados por la necesidad de integrar el mausoleo o en aspectos más contingentes, sino que sería el producto de un programa consciente de recuperación del pasado a través del santuario apostólico.

/// El monasterio

No han sido muchos los autores que han ofrecido propuestas en lo que a los primitivos edificios de Antealtares se refiere. Las limitaciones que presenta la documentación escrita y la también escasa, y no siempre bien entendida, información arqueológica hicieron que este monasterio pasase casi inadvertido, aún reconociendo su relevancia en los orígenes del culto jacobeo, frente a otras arquitecturas, como la iglesia de Santiago o la de Santa María de la Corticela, que llegaron a convertirse en referente interpretativo del primer urbanismo compostelano.

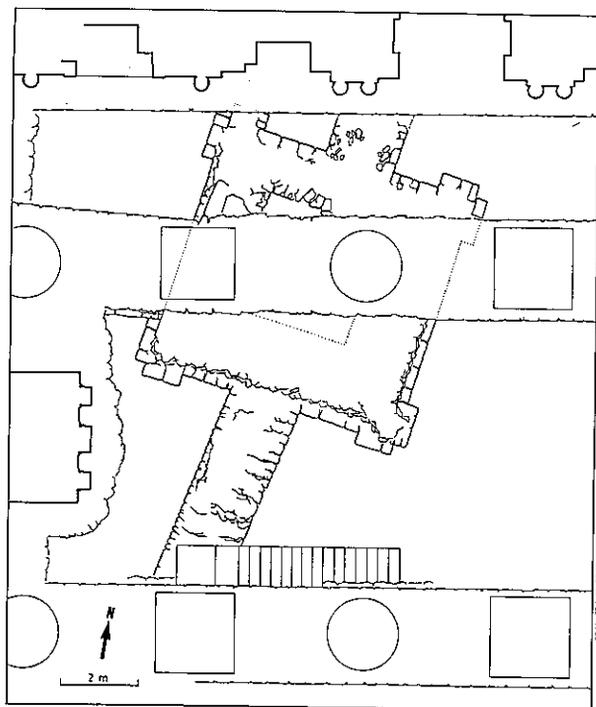
Las aproximaciones a las primitivas estructuras monásticas se centran de manera fundamental, sino exclusivamente, en la disposición sobre el terreno y sobre todo su relación con respecto a la tumba apostólica y su iglesia, debido a la inexistencia de descripciones documentales o evidencias materiales de la configuración de estos edificios. Así, y a pesar de la general aceptación de una ubicación de los edificios monásticos en el área oriental inmediata a la tumba apostólica, encontramos básicamente dos

posturas distintas a la hora de definir la relación entre esas arquitecturas. La primera, propia de los autores que siguen exclusivamente las fuentes escritas, entiende al monasterio como una entidad plenamente diferenciada del conjunto martirial; el núcleo original de Compostela es entendido como agregación de edificios de diferente contenido. La segunda, que tiene más en cuenta las evidencias arqueológicas surgidas del subsuelo de la catedral, apuesta por una mayor imbricación de las distintas arquitecturas que se yuxtaponen en un conjunto que se manifiesta unitario a pesar de la diversidad de sus componentes. En cuanto a la disposición concreta de los distintos elementos que, según la documentación escrita, componían el primitivo Antealtares y de los que, no podemos olvidarlo, tenemos una imagen basada en la realidad existente dos siglos después de su fundación, las propuestas más detalladas son las de J. Guerra Campos (1982) y F. López Alsina (1988, 1995 y 1997). El primero concibe una iglesia de tamaño y características semejantes a la primera basílica de Santiago, con la particularidad de disponer sus altares en la parte occidental y no en la oriental, mientras que el claustro o las dependencias anexas se situarían inmediatamente al S-SE de la iglesia; ambos elementos estarían adosados o conectados por algún tipo de estructura al edículo apostólico y su iglesia. Para F. López Alsina, a quien se debe una clarificación de la confusión con respecto a los altares existentes en la iglesia martirial y en la iglesia monástica, propone una solución más próxima a la que había ofrecido López-Ferreiro (1899), en la cual la iglesia monástica se situaría al Este del edículo, pero algo separada de éste y con los altares en la parte oriental del edificio. El claustro vuelve a ubicarse en el espacio SO, inmediato a la iglesia, pero también sin relación directa con el edículo. Este autor, sin embargo, va más allá que sus predecesores e incluye en su propuesta otros elementos del grupo monástico, como es el caso del dormitorio o la cerca, dentro de la visión hasta el momento más detallada del urbanismo compostelano altomedieval.

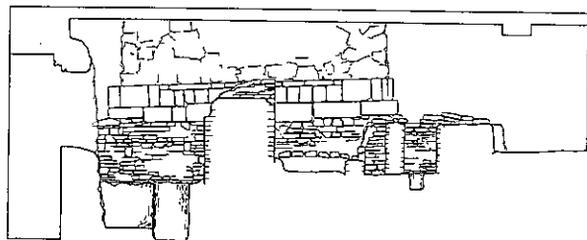
La identificación de restos arqueológicos susceptibles de ser entendidos como parte de las estructuras antiguas de Antealtares resulta compleja debido a la propia ubicación e historia del monasterio, pero también a aspectos de la evolución y concepción de la investigación arqueológica en el ámbito catedralicio compostelano. Esto motivó la ya mencionada escasa incidencia de la información arqueológica en la reconstrucción de los orígenes y primera etapa del monasterio.

De los problemas derivados de la ubicación hemos de atender a una disposición en ladera, como por otra parte todo el primitivo *Locus Sancti Iacobi*, con una ubicación ahora en un área particularmente

complicada para los procesos de sedimentación y la posible conservación de estructuras arqueológicas, pues se produce una fuerte inflexión en la evolución de la pendiente, con un marcado afloramiento del substrato rocoso, hasta el punto de tener que ser arrasado para la disposición de algunos de los edificios afectados, como la propia catedral románica. Este último aspecto nos pone en relación con las limitaciones derivadas de la propia historia de Antealtares, especialmente en su relación con los edificios catedralicios. Nos referimos a los sucesivos desplazamientos del monasterio y a la ocupación de sus antiguos espacios por nuevas construcciones de mayor volumen y complejidad: cabecera románica (fines s. XI), proyecto de cabecera gótica (s. XIII) y remodelación definitiva de la plaza de la Quintana (s. XVI).



/// FIGURA III. Torre de la entrada occidental al *Locus Sancti Iacobi* (A. Rodríguez Paz, sobre planimetría de F. Pons Sorolla).



Las evidencias arqueológicas que cabe vincular al primitivo monasterio son una serie de componentes de antiguas estructuras que aparecen reaprovechadas en la cimentación de la girola de la catedral. Consisten en un conjunto de sillares de granito, así como otro de restos de mampostería en esquisto y granito con muestras de haber recibido un enlucido sobre base de mortero, características que difícilmente se entienden en una obra de cimentación, pero que se corresponden plenamente con la arquitectura altomedieval compostelana, como refleja su presencia en la basílica de Alfonso III. Se trataría de unas estructuras constructivas que, como ese edificio, alternaban la sillería de granito con la mampostería de esquisto, en razón de la función estructural o simbólica de las distintas partes del edificio, y presentaban sus paredes enlucidas. Estas estructuras fueron destruidas a la par y muy posiblemente a causa de la construcción de la cabecera románica, entre 1075-1088, por lo que resulta bastante improbable que, como propuso M. Chamoso (1956), puedan pertenecer a la mencionada basílica apostólica, cuya destrucción se sitúa documentalmente en torno a 1114. Por el contrario, si entendemos que la mencionada destrucción estaba directamente relacionada con la construcción del nuevo edificio, los hechos apuntan a la iglesia y dependencias anexas de Antealtares, ubicadas en ese espacio que se está remodelando. Como consecuencia de estos primeros restos obtenemos una visión del primitivo Antealtares que lo acerca a la segunda basílica del Apóstol, lo que significa situarlo en lo más elaborado de la construcción prerrománica compostelana y alejarlo de la primitiva y más pobre construcción de Alfonso II, con las implicaciones que esto pueda tener, tanto para la significación del monasterio en el contexto del santuario apostólico, como en cuanto a la evolución constructiva de sus edificios.

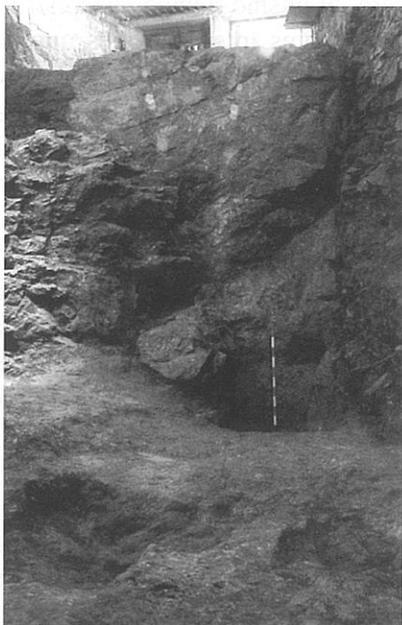
Un segundo elemento que podría hablar de las antiguas estructuras correspondientes al monasterio, y que ha pasado generalmente inadvertido, es la presencia de restos de pavimento en el entorno del edículo y aparentemente fuera del área ocupada por las basílicas que atendían a su culto. Se trata de restos de una pavimentación idéntica a la existente en la basílica Alfonso III, hallados en el área situada al este del edículo –actual trasaltar de la Catedral–, fruto de las exploraciones de A. López Ferreiro, y en el lado sur –actual tramo recto meridional de la girola románica–, ya dentro de las excavaciones efectuadas por M. Chamoso Lamas en 1953. Estos hallazgos quedan fuera de la basílica y responden a una adecuación arquitectónica de los espacios situados al este y sur del edículo, aquellos en los que las fuentes escritas sitúan los edificios monásticos, iglesia y claustro respectivamente. Si la pavimentación no

perteneció a esos edificios, tiene que corresponder a unas desconocidas arquitecturas que los conectaban a la tumba apostólica. En ambas soluciones queda constatada la imbricación de los distintos edificios que surgen en torno al mausoleo apostólico, situación que avalaría una cierta unidad entre ellos, incluso arquitectónica; la idea, en fin, de un complejo monástico-martirial.

Aún dentro de la girola tenemos que mencionar otros restos de lectura problemática. Es el caso de un pequeño muro de mampostería que aparece con disposición oblicua en el lado meridional de ese espacio catedralicio. Muro o cimentación de muro del que carecemos de datos que permitan adscribirlo con seguridad a alguna de las distintas etapas constructivas, pues sus características son comunes a la mayoría de las estructuras conocidas y su orientación coincide con aquellas que se adaptan al terreno sin interferencia de otras condiciones. También debemos mencionar las escasas tumbas aparecidas en este espacio, que bien pueden corresponder a una proyección de la necrópolis altomedieval en sus

primeros tiempos –basílica de Alfonso II– o corresponder a la necrópolis tardoantigua. Mención aparte merece el sarcófago de Aroaldo, con una cronología del momento en el que se construía la basílica de Alfonso III y una ubicación inmediata a la cimentación románica en el tramo recto meridional de la girola. En él debemos tener en cuenta sus evidentes muestras de haber sido desplazado en diversas ocasiones, lo que relativiza el valor de la situación que presentaba cuando fue descubierto.

Otro elemento que pasó inadvertido es el posible muro de cierre de la cerca monástica. En la lectura que F. López Alsina ofrece de la documentación escrita se dibuja una cerca monasterial, incluso con cierto carácter defensivo, cuyo lado SO pasa aproximadamente por el lugar en el que durante las excavaciones en el brazo sur del crucero apareció una importante estructura muraria. Este muro fue entendido con funciones de



//// FIGURA IV. Vista del foso que circundaba el *Locus Sancti Iacobi* (cortesía de Tomás Rodríguez).

aterrazamiento y cronología dentro de la ocupación del lugar en época romana. Hechos ambos posibles, pero matizables.

El muro ofrece características que lo diferencian de los modelos constructivos habituales en la Compostela altomedieval y, por otra parte, aparece en relación con restos de época antigua y en una posición clave dentro de la acomodación del terreno para su posible uso habitacional. Pero, al mismo tiempo, esta estructura ofrece muestras de haber sufrido importantes intervenciones que, si bien no modificaron su disposición básica, sí reflejan la necesidad de readaptarla a cambios importantes en el uso del espacio que la rodea, o la necesidad de rehacer partes de la misma. Todo apunta a que, sea cual sea el origen de este muro, tuvo un importante papel en la organización de los espacios en la Compostela prerrománica. Que una de esas funciones fuese la de permitir adecuar un área de ladera, para su aprovechamiento como espacio constructivo y/o habitacional parece claro por una ubicación y disposición que permitiría reorganizar artificialmente la evolución de la pendiente, atenuándola. No está tan claro, sin embargo, que ese fuese su único papel, pues las estructuras descubiertas en el espacio que debería aterrazar, actual Quintana, arrancan de una cota algo más baja que la altura que hoy conserva dicho muro y que presumiblemente es menor que la original, por lo que el muro debía proyectarse en altura sobre el espacio que se supone ayudaba a crear.

Esa proyección nos está hablando de una funcionalidad que excede a la contención de tierras para aproximarse a la de cerca o similar, lo que implica que no sólo intervenía en la creación del espacio, sino que también tenía un importante papel en su organización. La posibilidad de que dicha organización coincidiese con la cerca que delimitaba, y quizás también protegía, el ámbito de Antealtares estaría apoyada por su inmediatez, constatada documentalmente, a los posibles restos de lo que sería el primitivo "palacio" episcopal y que nosotros hemos identificado como el reaprovechamiento de unas antiguas estructuras que venían siendo interpretadas como termas. De no ser correcta esta propuesta de identificación, de lo que no cabe duda es de que aquella función articuladora del espacio útil coincide con el que ocupaban las dependencias monasteriales.

Por último, cabe mencionar las estructuras murarias halladas por M. Chamoso Lamas en el espacio de la Quintana que se sitúa frente a la Puerta Real, en el brazo sur del crucero de la Catedral, e inmediato a la pared trasera de la actual capilla del Pilar en la cabecera del mismo edificio. Lamentablemente, son muy pocos los datos de que disponemos sobre estas estructuras y su contexto, por no haber sido publicado un informe detallado de los trabajos que permitieron su hallazgo. De nuevo son

muros de mampostería con presencia de sillares graníticos reaprovechados en alguna de sus partes; de nuevo tienen una disposición oblicua que nos habla de una posible adaptación a las condiciones topográficas, y de nuevo se les atribuye una supuesta adscripción romana. Sin embargo, la situación próxima a la que la documentación escrita otorga a los principales edificios de Antealtares, las características similares a la de otras construcciones prerrománicas, la anterioridad al traslado a esta zona del área cementerial de la basílica compostelana, que hemos de datar en un momento avanzado o final de la obra románica, son todos indicios que permiten relacionar a estas estructuras con el primitivo monasterio de Antealtares.

III Los otros componentes del Santuario

Este conjunto de edificios que giran en torno al culto a la tumba apostólica pronto requirieron de protección en un tiempo en el que la inseguridad era omnipresente, máxime cuando de un enclave cuyas características, tanto materiales como de significado, lo hacía víctima potencial de intereses extraños o contrarios al marco político en el que surgía. Sin embargo, las informaciones escritas conservadas respecto de la creación de un sistema defensivo para el *Locus* resultan, como en tantos aspectos de los primeros tiempos del santuario jacobeo, escasas y confusas.

Esas informaciones y los estudios que sobre las mismas se han realizado, especialmente los efectuados por F. López Alsina, permiten conocer la disposición y algunas de las características de ese sistema defensivo, pero siguen las dudas con respecto a su evolución constructiva y al papel que desempeñaron en el mismo las intervenciones de las que habla la documentación escrita. La solución hoy generalmente aceptada es la que atribuye a Sisnado I la construcción de alguna torre en las inmediaciones de los edificios religiosos, como primer paso en un sistema defensivo que desarrollará posteriormente su homónimo Sisnado II, aquél que rodeará con muralla, torres y foso todo el ámbito del *Locus Sanctus* y que ocupaba lo que es hoy la catedral, la plaza de la Quintana y el monasterio de S. Paio de Antealtares con algunas de las calles adyacentes. Finalmente, Cresconio parece tener una intervención puntual que afectó a alguna de las torres que estaban próximas a la basílica de Santiago, a pesar de que este mismo obispo será quien construya la cerca del burgo —la actualmente desaparecida muralla compostelana— que a la postre sustituiría a estas primitivas defensas.

No obstante esa solución sigue siendo hipotética y presenta algunos aspectos dudosos. Así hay autores, como Guerra Campos, que sostienen que la aportación del segundo de los mencionados obispos iba dirigida a ampliar esa primitiva cerca para acoger a los primeros núcleos de la futura ciudad. Incluso este mismo autor propone que alguna de las torres había sido construida en tiempos romanos y fue reaprovechada ahora en la definición de las defensas del santuario altomedieval. Los recientes aportes de la arqueología sólo refrendan la existencia de ese amplio y complejo sistema defensivo, sin que arrojen mucha luz en cuanto a su cronología y evolución; pero sí permiten, en cambio, señalar las características concretas del sistema constructivo, a través de los hallazgos efectuados tanto en el subsuelo de la basílica como en el de sus inmediaciones. Nos referimos al basamento de una gran torre y fragmentos del lienzo de muralla, que aparecen a los pies del actual templo románico; también al basamento de otra torre y al lienzo anexo, así como a la presencia de un foso, todo ello descubierto en un solar de la calle Azabachería. Foso cuyas características podemos conocer por un reciente hallazgo en la calle de Tras San Paio de Antealtares.

Todas esas evidencias nos dibujan un sistema defensivo con muros de ca. 1,80 m. de grosor en el que se intercalan torres de configuración rectangular y unas dimensiones de ca. 6,20 x 4,90 m., todo ello circunvalado por un foso cuyas dimensiones son en torno a 8 m. de anchura por algo más de 3 m. de profundidad. Este sistema contaba con un acceso principal, o al menos destacado, en su parte occidental, donde encontramos una torre cuadrangular de 6,80 m. de lado que se asienta sobre una bancada de mampostería pero que, sin embargo, se define con una sillaría granítica de gran calidad y de manera distinta según los lados. Así, la cara en la que se engarzaba la muralla, que parece mantener las características ya señaladas, tiene configuración lisa y dos salientes rectangulares en cada esquina, mientras que en las otras tres caras la segunda y tercera fila de sillares tienen una disposición oblicua. Las características especiales de esta estructura pueden estar justificadas por su destacado papel dentro del sistema defensivo, explicable por que este portal daría acceso a la entrada principal del templo de Santiago; pero no debemos olvidar tampoco que esta torre probablemente recibió la intervención de Cresconio a mediados del s. XI, aunque no sepamos en qué medida. A esta torre se le adosó por su cara meridional posteriormente un lienzo de muralla de características similares a la ya descrita: mampostería y ca. 1,80 m. de grosor, cuya función es la de cerrar la primitiva entrada, sin que podamos proponer el cuándo y el por qué de este episodio.

III El *Locus Sancti Iacobi*: un santuario monástico martirial

El primer problema que nos plantea el descubrimiento de la tumba y su conversión en lugar de culto es el del modelo que sirve de referente para la solución a adoptar. Hasta ahora la investigación dirigió su vista hacia aquellos centros cuya relación con el *Locus Sancti Iacobi* parecía evidente. En primer lugar aparece Roma, como creadora de una imagen en la que cada vez más se veía la cristiandad occidental y sede además de las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo, motivadoras también de un flujo peregrinatorio, que en este caso se constata ya en la tardoantigüedad.

Fueron fundamentalmente los autores eclesiásticos, como López Ferreiro o Guerra Campos, quienes más decididamente apostaron por este modelo. Mientras, otros autores apuntaron hacia Oviedo, en esos momentos capital del reino y construida en buena medida por los mismos monarcas que apoyaron la creación del santuario jacobeo. Pero ambos modelos tienen aspectos que los aleja del *Locus Sancti Iacobi*, pues en los dos casos, tanto los santuarios como en general los edificios religiosos presentes en ellos, están imbricados en una realidad tanto material como políticamente más compleja: la gran ciudad tardo antigua, sede del papa, o la pequeña ciudad de la Hispania cristiana que acoge a la corte del reino astur-leonés.

Pero la Tumba de Santiago aparece en un yermo, así que el santuario ha de construirse *ex novo* con unos planteamientos que parecen atender fundamentalmente al culto y no a la creación de un poblado. Los rasgos apuntan a un centro de peregrinación, con características que encontramos definidas en este tipo de establecimientos de la antigüedad tardía: *memoria*, templo martirial, monasterio con su propia iglesia, baptisterio, lugar de acogida a los peregrinos y todo ello fuertemente fortificado. Son los casos de Qalat S'eman, Santa Catalina del Monte Sinaí o Tebessa en el norte de Africa. Todos con una arquitectura y dimensiones que, como su cronología y adscripción cultural, están lejos de las limitadas posibilidades del siglo IX en el norte de la Península Ibérica. Esta dificultad puede ser subsanada por la existencia de puntos de enlace, como podrían ser centros semejantes, aunque de menores dimensiones en la Hispania tardorromana o visigótica, de los que hay indicios, aun cuando están por descubrir en la definición de los edificios principales del lugar de culto, los santuarios monásticos del noroeste de la Francia carolingia o el mundo anglosajón. Especialmente expresivos son, en el marco anglosajón, ejemplos como los centros de culto de Wells o Jarrow, por darse una disposición similar de los edificios de culto y el memoria, y por estar en el origen de futuras catedrales.

El surgimiento del poblado

/// El cementerio

Otro de los descubrimientos arqueológicos realizados en la catedral compostelana que alcanzó mayor proyección, al lado de las basílicas apostólicas o el propio edículo apostólico, fue, sin duda, el amplio complejo funerario existente en el subsuelo de ese templo y sus inmediaciones. Sin embargo, esta proyección no se derivó en un estudio detenido de sus componentes, necesario ante la amplitud y complejidad de esta acumulación de deposiciones funerarias de épocas y morfología diversas, sino que se estableció una interpretación un tanto apriorística que pasó a repetirse continuamente hasta nuestros días, sin que fuese debidamente argumentada arqueológicamente.

Como correlato ineludible de la fundación de la iglesia de Santiago, tenemos la aparición de un área cementerial en su entorno, en un espacio, el *atrium*, que se define en el momento mismo de la decisión de la construcción de la iglesia. Hecho derivado, por otra parte, de la costumbre cristiana de enterrar *ad loco santo* y de la prohibición de que hacerlo en el interior de la iglesia. Las excavaciones arqueológicas nos han puesto al descubierto todo un conjunto de tumbas que reflejan la amplia e intensa existencia de un cementerio que surge con la iglesia de Alfonso II, a principios del s. IX, y perdura hasta la segunda fase de la construcción de la catedral románica, en torno a la primera mitad del siglo XII, y que, además, va a ocupar parte del espacio correspondiente a una necrópolis anterior, que responde a una sacralización de este mismo espacio en tiempos de la baja romanidad y primeros siglos medievales, aproximadamente entre los siglos IV y VII. Estas dos circunstancias, el prolongado uso del cementerio altomedieval, con la consiguiente variabilidad de las estructuras funerarias, y la existencia de otro anterior, ha generado mucha confusión a la hora de interpretar unos restos arqueológicos que no son sino una expresión fragmentaria de una realidad histórica mucho más rica y compleja.

El cementerio se disponía en una amplia área del frente occidental de la iglesia, proyectándose alrededor de la misma en una franja estrecha e inmediata a los muros de la propia basílica. Las tumbas, que acogen siempre inhumaciones individuales de cuerpo extendido y sin acompañamiento alguno de ofrendas funerarias, presentan diversas fórmulas en función de la evolución del rito a lo largo de tres siglos y de la condición social de quien se inhumaba en cada una de ellas. Así, encontramos que la fórmula más extendida es la tumba sencilla conformada por un murete de piedras

y cubierta de lajas, que ocupaba especialmente toda la última etapa de uso del cementerio y parece acoger a gente común entre la que destaca la presencia de algún peregrino. De parecidas características, aunque con algunos matices, más debidos a los cambios en las formas que a la condición social del enterrado, son las tumbas en forma de arco de paréntesis o aquellas otras rectangulares con una construcción más cuidada, que incluye la presencia de materiales de cierta calidad, como ladrillos, aunque en situación de reaprovechamiento de estructuras anteriores.

Otro grupo más específico es el que engloba a las tumbas excavadas en la roca natural que aparece debajo de la capa de tierra en la que se asientan todas las estructuras de la Compostela altomedieval, así como la propia necrópolis. A este grupo parecen corresponder las tumbas más antiguas de la necrópolis, pero también aquellas que mediante una cubierta en forma de laja monolítica con inscripción, nos permite saber que pertenecían a personas de especial relevancia en el contexto de la basílica compostelana, fundamentalmente en el ámbito religioso. La máxima expresión de esa relevancia a tra-



//// FIGURA V. El cementerio altomedieval: vista general (foto M. Chamoso).

vés de la tumba está en la aparición de recintos funerarios, –mausoleos–, construidos adyacentes a las paredes de la basílica.

La primera de estas dependencias funerarias contenía la lauda de la tumba de Teodomiro, cuya aparición constituye una prueba inequívoca de la existencia de este personaje y de su vinculación al descubrimiento de la tumba apostólica, tal y como las fuentes documentales ya señalaban, al tiempo que nos ofrece la lauda epigráfica más elaborada y un posible referente formal de las que la sucederán. Se trata de una pieza rectangular con un rebaje perimetral que encierra un campo epigráfico, en donde se recoge la fecha de la muerte de este prelado (843), y otro decorativo, que aparece presidiendo la inscripción y recoge una cruz de tipo asturiano con apéndice para sujeción a una peana o a un astil. Esta pieza aparece en un habitáculo cuadrangular adosado al muro sur de la iglesia de Alfonso III,

con la que carece de comunicación directa. Está realizado en mampostería de esquisto trabada con cemento e incluye sillares graníticos reaprovechados de construcciones anteriores, fábrica que al interior aparece enlucida por un estuco de cal. Adosado a este mausoleo aparece otro habitáculo de características semejantes aunque de peor realización, que parece corresponder al enterramiento de un presbítero llamado Anastasio, ya del s. XI; correspondencia aún más controvertida que la anterior dado que la lauda aparece simplemente formando parte de los escombros que colmataban este espacio, sin ninguna indicación de relación con tumba alguna.

III Otro monasterio para Santiago

Todavía en el ámbito monasterial, pero referida al surgimiento de otro cenobio, el de S. Martín Pinario, tenemos la iglesia de St^a María de la Corticela. Ubicada al nordeste de la iglesia apostólica ha corrido mejor suerte que las primitivas edificaciones de S. Paio, pues perduró hasta nuestros días, aunque significativamente alterada a partir del siglo XIII cuando se define su configuración actual; no podemos decir lo mismo de las dependencias monasteriales que, ubicadas algo más lejos, en o cerca del actual solar de este monasterio, fueron arrasadas por la propia evolución de estos edificios sin dejar huellas arqueológicas. Se trata de una fundación de inicios del siglo X que parece realizarse a imagen de la recién construida basílica apostólica de Alfonso III. Se presenta como una iglesia de planta basilical de tres naves con ábside cuadrangular en la cabecera, sin que podamos definir con garantías sus tramos iniciales, que han sido alterados por las reformas del templo, y su conexión con la actual catedral; aquí surgen dudas incluso en cuanto a la longitud original del templo, pues si para algunos autores se identifica con el actual, para otros ocurrió la pérdida del tramo inicial prerrománico. La división de las naves se realizaba mediante pilares que descansaban en basas cuadrangulares, las cuales recibían un tratamiento similar a las existentes en la basílica apostólica, incluyendo la sencilla decoración a base de una línea horizontal en su parte alta. La presencia de un área cementerial en su interior hay que ponerla en relación con la preexistencia de la misma, en la órbita de la gran necrópolis tardoantigua, o como evidencia de un proceso muy posterior, cuando se suprimió la prohibición canónica de enterrar en el interior de los templos.

III El palacio episcopal

En la inmediatez de la tumba no sólo existían arquitecturas de carácter eminentemente religioso, sino que pronto surgen otras que señalan el despegue de lo que más tarde será el pujante núcleo urbano de Compostela. Nos referimos en primer lugar a los edificios que acogerán el traslado de la curia episcopal iriense, especialmente el palacio episcopal del que tenemos referencias documentales a su temprana existencia y ubicación al sur de la Basílica.

Si las referencias documentales son parcas en cuanto a su configuración, la arqueología nos ayuda a entender cuando menos parte de las mismas. Así sabemos que reaprovechan antiguos edificios en ruinas procediendo a un proceso de reedificación y readaptación de los mismos, con reaprovechamiento, además, de sus materiales. Eran las antiguas dependencias de un edificio de grandes dimensiones realizado con mampostería de esquistos y sillares graníticos, que incluía la presencia de grandes vanos con arcos de ladrillo en la definición de unos amplios interiores, que incluían también la existencia de estancias menores, así como una pavimentación de ladrillo (*opus latericium*), al menos en estas últimas. Una arquitectura compleja que descansa, a su vez, sobre otra anterior realizada en sillares graníticos de buena factura, pero de la que apenas conservamos evidencias. De lo que sí tenemos pruebas es de una preocupación por el control del agua a través de una intrincada red de canales, que llevó a algunos autores a suponer que tenía que ver con la propia funcionalidad de esta arquitectura; se llega a hablar incluso de termas, una interpretación difícil de sostener, dado que no tenemos claro si esos canales corresponden a un único momento o si resultan de la acumulación de soluciones para un mismo problema en un espacio utilizado en momentos históricos distintos y en donde el tratamiento del agua debía ser en sí mismo un inconveniente de cierta envergadura dadas las condiciones del terreno.

Estas dependencias se aprovecharán para definir un edificio de menores dimensiones mediante la transformación de esos lienzos interiores en muros de cierre exterior. La fragmentación de estos restos impide una interpretación global de los mismos, en lo que por otra parte correspondería sólo a su parte inferior, mucho más condicionada por la configuración del terreno; es probable que las partes altas se proyectasen sobre el espacio aterrazado en lo que hoy es el sector SW de la plaza de la Quintana, siempre y cuando la disposición de San Paio de Antealtares (vid. supra), lo permitiese. Esta relativa precariedad que se insinúa en lo que debían ser las dependencias episcopales o edificios anexos, explica las todavía mayores limitaciones de las primeras construcciones del

burgo, en las que la madera o el elemento vegetal debía jugar un importante papel, que en parte se disponían en torno a la cabecera de la basílica. De ellas sólo nos quedan los restos que pasaron a formar parte de los rellenos de la cabecera y transepto del templo románico, entre los que encontramos restos constructivos, cenizas y ejemplos de la cultura material del momento, especialmente cerámicas; unos restos que en parte al menos configuran el horizonte que fue interpretado como evidencia de la destrucción derivada del ataque de Almanzor (997).

Otro elemento arquitectónico de cronología imprecisa, pero que pudo existir cuando menos desde tiempos de Sisnando I, es el hospital. Un edificio al que las escasas referencias documentales existentes lo sitúan cerca o en la entrada occidental del recinto defensivo que protegía los lugares santos. Es una zona en la que se constató arqueológicamente la existencia de estructuras arquitectónicas: grupo de muros realizados en mampostería que configuran una de las esquinas de un edificio ¿rectangular?; pero de las que se desconoce su posición estratigráfica, salvo su precedencia con respecto al avance hacia el espacio que ocupan de la necrópolis alto-medieval, por lo que resulta difícil una atribución cronológica más allá de la anterioridad a un momento avanzado de la existencia del cementerio, momento que está aún por precisar: ¿fines s. XI?. Otro tanto ocurre con la configuración de esta arquitectura, debido a lo escaso de lo conservado que, además, no fue excavado en su totalidad.



//// FIGURA VI. Edículos funerarios adosados a la iglesia de Alfonso III (en uno de ellos apareció la cubierta del sepulcro del obispo Teodomiro de Iria, foto M. Chamoso).

La gran transformación

III De santuario a ciudad

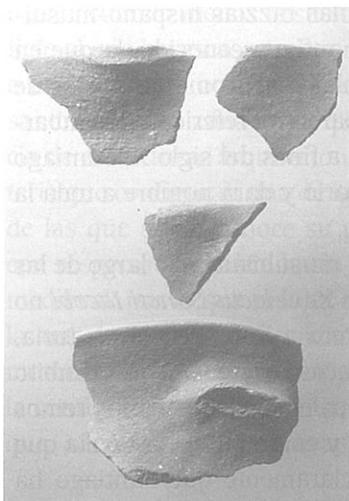
No sólo en las condiciones internas, sino también en la imagen cara al exterior el *locus Sancti Iacobi* ofrece una perspectiva distinta a fines del siglo X. Una situación de la que tenemos dos evidencias contundentes, por la claridad de su significado, tanto como por los efectos negativos que tuvieron en el poblado en plena expansión. Nos referimos a la incidencia de las incursiones vikingas en Santiago y a las razzias hispano-musulmanas. En cuanto a las primeras, en la más antigua conocida, la que en el 842 afectó toda la costa del reino astur galaico así como las costas de Al-andalus y la propia Sevilla, Santiago no aparece ni referida. Sin embargo, cuando de nuevo arrecien las incursiones a fines del siglo X, Santiago ya es un objetivo que se convertirá en prioritario y dará nombre a toda la región (*Jakobsland*).

Otro tanto ocurre con el conflicto cristiano-musulmán. A lo largo de las incidencias del siglo IX y comienzos del siglo X, el *locus Sancti Iacobi* no parece en ningún caso digno de mención. Pero a fines de esa centuria, cuando Almanzor practique su política de acoso sistemático al ámbito cristiano, Santiago aparece junto a las principales ciudades de los reinos cristianos como objetivo de primer orden, tal y como refleja la razzia que sufre en el 997. Ambos episodios reflejan claramente que Santiago ha dejado de ser un modesto santuario-monasterio en los confines del reino astur-leonés, para convertirse en un centro floreciente que resulta apetecible para la rapiña, y que, al mismo tiempo, ha adquirido un significado y una proyección política tan importante como para que el califato cordobés lo equipare a las ciudades constituidas en cabeceras de los distintos reinos del norte de España: León, Pamplona y Barcelona.

La evolución que constatamos en las arquitecturas tiene su correlato en la cultura material del *Locus*. En ella encontramos de nuevo el crecimiento del enclave y su transformación en un pujante poblado, pero también una mejora general de las condiciones de vida de la cada vez más numerosa población.

Los recipientes cerámicos, aquellos mejor representados en el registro arqueológico, expresan las limitaciones de los primeros tiempos, en los que una escasa población se servía de una alfarería que en lo formal reflejaba la continuidad de la ya lejana antigüedad tardía, y en lo técnico las difíciles condiciones de un mundo desestructurado por los acontecimientos del siglo VIII. Se trata de recipientes hechos a mano o torno bajo,

propios de una producción doméstica o a lo sumo de distribución local. El aspecto es tosco y las formas simples o poco definidas en lo tipológico. Una situación que varía sustancialmente en el siglo X, cuando la alfarería mejora su técnica y aumenta una producción de calidades más homogéneas y formas más estabilizadas. Estamos ante un aumento del consumo, la creación de centros alfareros y una cierta expansión de la distribución: una mejora en la producción, sino un paso de las producciones domésticas a las artesanales. No se trata de la implantación de una manera repentina y definitiva de una situación nueva, sino del proceso que llevará finalmente a ella. Así, al lado de la continuidad de las producciones anteriores, empiezan a aparecer otras que suponen una verdadera revolución tanto tecnológica como formal en el ámbito alfarero: ollas, jarras, cántaros... realizados a torno alto en unos talleres que atienden a una demanda y capacidad adquisitiva creciente en el *Locus*.



/// FIGURA VII. Cerámicas grises compostelanas. Fines s. XI-inicios s. XII (foto G. Gil).

Es el punto de partida de una producción alfarera plenamente desarrollada que se acabará imponiendo a lo largo del siglo XI y que definirá incluso a las producciones cerámicas características por antonomasia de toda la Edad Media gallega. Nos referimos a lo que los arqueólogos llaman “cerámica gris medieval gallega” en atención a su característica coloración y, sobre todo, al hecho de que ésta parece haber sido obtenida intencionalmente. Con ella se consuman todos los cambios que se habían gestado en el siglo X y que afectan a la técnica con la implantación del torno alto y una mejor elaboración general. En la producción con una definitiva regularización de los tipos y sus morfologías, lo que dotará de la característica monotonía formal de buena parte del repertorio medieval gallego, pero también con la creación de centros de producción, hoy todavía desconocidos, de mayor capacidad productiva y distribución más amplia. Todo ello imposible si no existiesen al tiempo cambios importantes en el consumo de este tipo de productos, exigidos por el crecimiento de una población urbana cada vez más liberada de la economía de autosubsistencia y con mayor capacidad adquisitiva. Son circunstancias que aparecen reafirmadas por la aparición

de una incipiente vajilla de lujo, como es el caso de las vasijas decoradas exteriormente mediante motivos pintados en blanco sobre fondo ocre o rojo. Aunque todavía poco conocida, su siempre escasa presencia está constatada en Compostela a lo largo del siglo XI y señala la aparición en el marco urbano de un cierto lujo, más allá de la prohibitiva vajilla metálica o el vidrio.

/// El despegue de la peregrinación y la reaparición de la moneda

Es un lugar común, aunque parte más de la suposición sensata que de la inexistente información documental, el entender que el *Locus* surge como un santuario de peregrinación cuyo radio de influencia tiene un exclusivo carácter local, al que pronto habrá que añadir la afluencia de peregrinos de todo el reino, estimulados por la vinculación del santuario a la monarquía, y también de la Hispania cristiana en general. Ese carácter se modificará paulatinamente a lo largo del siglo X, cuando ya empezamos a tener noticias de peregrinos ultrapirenaicos. Serán los conocidos casos de Bretenaldo Franco al que encontramos viviendo en Compostela, o el caso de la peregrinación de Gotescalco, obispo de Le Puy, mucho más relevante por su posible influencia en la proyección del santuario de Santiago en el ámbito francés. A ellos les sucederán otros del mismo origen, y ya a fines de siglo, gentes de otras partes de Europa.



/// FIGURA VIII. La primera moneda del Camino de Santiago: dinero del obispado de Le Puy, Francia (foto G. Gil).



/// FIGURA IX. Supuesta moneda carolingia, en realidad dinero del condado de Poitiers (Francia, ca. 1100), ofrendada al sepulcro del Apóstol (foto G. Gil).

La arqueología refrenda esa visión de los orígenes de la peregrinación jacobea, a través de las monedas que los primeros peregrinos europeos dejaron en el santuario. En un ámbito sin moneda circulante desde la desaparición del reino visigodo, destaca la aparición de monedas extranjeras mucho antes de la reaparición de acuñaciones propias, por lo que su única explicación son las ofrendas que los peregrinos, siguiendo los usos propios de sus lugares de origen, hacían a la tumba del Apóstol. Y las más antiguas serán precisamente aquéllas que Gotescalco mandó acuñar en su feudo de Le Puy a mediados del siglo X. No es necesario pensar que esas monedas fueron donadas por ese personaje, sino que será su área de influencia la primera que peregrina con cierta intensidad a Compostela y que, por otra parte, estas monedas eran las más usadas a fines del siglo X y durante buena parte del XI en todo el SO de Francia, en donde prendió con fuerza y desde muy temprano la devoción jacobea. Las monedas señalan también que esa devoción se extendió a otras partes de la Francia meridional, presentes en Compostela desde fines del siglo X con dineros de Toulouse, Albi, Arles o Narbonne. Más tardan en hacerse notar las otras áreas europeas: Alemania lo hace a fines del s. XI con un dinero de Mainz e Italia a inicios del XII con una pieza de Lucca. Algo que debe interpretarse con cuidado, pues los peregrinos de esas áreas pasaban necesariamente por el sur de Francia, donde había ya importantes centros de peregrinación que atraían su atención y donde cambiaban sus monedas por aquéllas que eran más comunes en el ya constituido Camino de Santiago.

La presencia de moneda no sólo nos informa de la evolución de la peregrinación al *Locus Sancti Iacobi*, sino de los trascendentales cambios que van a convertir a éste en la *Civitas Iacobi*, o como se llamará posteriormente, Compostela. La aparición de moneda circulante, clara desde fines del siglo X y que adquiere fuerza a lo largo de la centuria siguiente, tuvo que incidir en los hábitos de una economía que sólo disponía de moneda de cuenta, aquella que servía como referencia para el valor de las mercancías, pero apenas de moneda acuñada, el dinero real con el que se pagaban esas mercancías. El despeque del *Locus* y de toda el área afectada por el camino es ya un lugar común en la historiografía hispánica, pero no lo es tanto la presión que ejerció la peregrinación en el surgimiento de una economía monetaria en el reino leonés. Influencia que debió de ser importante pues el monasterio de Sahagún ya reclama a fines del siglo X la existencia de moneda y la primera moneda acuñada en el reino tiene sus modelos en esas monedas feudales francesas tan comunes en el Camino. El aumento de la circulación supuso el hábito de su uso en la

naciente Compostela y las otras áreas afectadas y que, posiblemente y al lado de monedas hispano musulmanas, fuesen esas mismas monedas francesas las que se usasen, como por otra parte ocurrirá a lo largo de los siglos XII y XIII, y en Compostela durante la práctica totalidad del periodo medieval.